

sólo en la fuerza del ejército para mantenerse en Palacio Nacional o de depender de la simpatía del “Jefe Máximo”.

El fin del periodo estudiado culmina precisamente con Manuel Ávila Camacho, el último presidente militar después de Álvaro Obregón (1920); es decir, con el cierre de las heridas abiertas por la revolución, la guerra contra los católicos, las expropiaciones cardenistas, la resolución de los conflictos con Estados Unidos. De ahí que la institucionalidad y la conciliación predominen en los informes presidenciales de sus años de gobierno, que aparezca la revolución sacralizada, muerta, convertida sólo en referencia obligada para los triunfadores, y una “Patria” que lucha del lado de los Aliados contra Alemania, Italia y Japón durante la segunda guerra mundial. El discurso de la unidad nacional, plano, sin matices, se convierte en moneda corriente. Significa la exaltación de la heroicidad, del sacrificio frente a lo que hay que construir; es un tratar de borrar, olvidar las diferencias, de dejar en segundo término las discrepancias en aras de la “unidad fraterna”.

El texto de Eva Salgado muestra con gran profesionalismo una manera de abordar la historia de México a través del análisis del discurso, pero desde la perspectiva lingüística, aunque en realidad en el manejo de la información e interpretación que hace hay mucho de oficio historiográfico. Por ello el libro se mueve en el ámbito de lo interdisciplinario: entre la lingüística, con su propio método de análisis, y la historia, aportando el conocimiento de las circunstancias y la interpretación del discurso a partir de ellas.

María del Carmen Collado H.
INSTITUTO MORA

José Juan Rodríguez Vázquez, *El sueño que no cesa. La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940*, Ediciones Callejón, San Juan, 2004, 524 pp.

LA NACIÓN COMO SUEÑO INTELECTUAL

Un interesante trabajo de historia intelectual que ensaya la génesis del discurso nacionalista puertorriqueño, a partir de un enfoque no eurocéntrico, es el que nos presenta José Juan Rodríguez Vázquez. Desde el título de la obra el autor comienza a plantearnos sugerentes reflexiones sobre la nación: antes de construir la comunidad imaginada, existe la comunidad soñada, la nación deseada.

El análisis se articula en torno a la idea de nación planteada por los intelectuales puertorriqueños, quienes generaron diversos discursos nacionalistas a partir de la invasión estadounidense de 1898, discursos que fueron transformándose y que, durante el periodo 1920-1940, se encontraron en el centro del debate intelectual y político.

Sin embargo, no se trata de estudiar los discursos nacionalistas de forma aislada, sino de escudriñar cuál era la dinámica del cambio discursivo en un contexto colonial. Para dicho propósito, el autor sigue los planteamientos metodológicos que Partha Chatterjee desarrolló para el estudio del nacionalismo. Básicamente, la dinámica del discurso nacional pasa por tres momentos ideológico-políticos: arranque, movimiento y llegada. En la fase de arranque el discurso nacionalista se erige en crítica del sistema colonial, mientras que en la de movimiento busca transformar políticamente el orden establecido, además de que el letrado se convierte en político.

La fase de llegada observa la conversión de utopías nacionales en ideología y discurso oficial, con los cuales se legitima al nuevo Estado poscolonial. De manera paralela al desarrollo de estas tres fases, el discurso nacionalista establece una lucha doble: primero contra el orden colonial y su discurso imperialista, y después hacia el interior del propio nacionalismo, es decir, contra otras formas discursivas de nacionalismo anticolonial (pp. 28-29).

El sueño que no cesa estudia la nación deseada en las fases de arranque y de maniobra (o movimiento). Es un trabajo que analiza el discurso intelectual, tanto nacionalista como imperial, y sobre todo la forma en que los discursos nacionales se transformaron y adaptaron de acuerdo con el contexto político y socioeconómico de cada momento. Sin ser exhaustivos, revisaremos las características más sustanciales de cada discurso nacional.

En Puerto Rico, la fase de arranque se caracterizó por la imagen de la “nación problemática” que, dentro de la ciudad letrada, promovió un debate sobre la existencia de la nación entre los que la daban como un hecho consumado y aquellos que sólo la veían realizada en el plano espiritual. La figura intelectual representativa de este momento ideológico-político fue Antonio S. Pedreira. Su texto *Insularismo* es una obra clave del nacionalismo de arranque que intentó responder a la cuestión de la identidad puertorriqueña y a la forma en que se había forjado su personalidad colectiva a través de la historia.

Luego de la invasión estadounidense de 1898, Pedreira se enfrentó al problema de afirmar el nacionalismo en una situación de subordinación política. Su discurso se enfrentó tanto a los relatos colonialistas y anexionistas, ante los que definía a Puer-

to Rico como un pueblo con identidad cultural occidental, como a los discursos alternativos de nación (palesianos-antillistas), a los que recordaba las raíces hispano-occidentales de la isla (pp. 47-59).

Los elementos de su relato nacional están marcados por el determinismo geográfico, que veía al Caribe como una zona tropical adversa al desarrollo cultural (“llevarnos encima la tara de la dimensión territorial”), y una perspectiva elitista que concebía a la nación forjada por hombres ilustres y egregios que transformaron la vida social enriqueciéndola espiritualmente. La existencia de la nación era innegable, pero su realidad muy conflictiva debido a las diferencias raciales, sociales y morales que la fragmentaban (pp. 102-104).

En aras de la integración, el relato de Pedreira articuló la figura del jíbaro como icono nacional. Este se definía como un pequeño propietario que había desarrollado un nexo espiritual con la tierra convirtiéndola en su patria. Se trataba de un personaje rural, católico, respetuoso de la autoridad y simpatizante del unionismo. Así, los otros sectores populares (negros, mulatos y mestizos) eran rechazados como integradores de la identidad nacional (pp. 115, 119-121 y 131-132).

En definitiva, el nacionalismo de Pedreira se guiaba por una teoría racialista y de elites eurocéntrica. Si Puerto Rico se había constituido en una nación era porque Europa la había colonizado racial, cultural y moralmente, haciéndola formar parte de la historia de Occidente (p. 149).

Como es característico en la fase de arranque, el discurso de Pedreira se centró en la crítica de la problemática colonial. Desde su perspectiva, el orden estadounidense había desplazado a las elites cultas de su función directora, mientras se dete-

rioraba la cultura bajo el influjo de un sentido económico-cuantitativo de la vida.

En el segundo momento ideológico-político, el de maniobra, el discurso nacionalista busca confrontar y transformar, a través de la política, el orden establecido. No obstante, dicho discurso se divide en dos tendencias: una radical que pretende romper con la metrópoli y superar el orden colonial, y otra moderada y reformista que, dependiendo de las circunstancias económicas, políticas y sociales, puede optar por un estado independiente o por uno autonomista. Pedro Albizú Campos es la personificación del nacionalismo radical en su fase de maniobra.

El debate con el nacionalismo moderado giró en torno a la proclamación de la Ley Jones (1917), misma que reformaba el sistema político y otorgaba la ciudadanía estadounidense a los puertorriqueños. Los moderados no tenían duda del carácter positivo de las reformas y del papel modernizador de Estados Unidos tanto en el plano material como en el político, al aportar una tradición liberal y democrática (aunque reclamaban algunas reformas). Para los radicales estaba claro que la pretendida modernización era el camuflaje de una conspiración para despojar a Puerto Rico de sus riquezas materiales y reducirlo a un pueblo sin historia. El albizuismo definió la relación metrópoli-colonia en términos de explotación y opresión, y denunció la ceguera que los moderados mostraban en relación con la realidad imperial por estar atrapados en las formas de pensamiento del enemigo (pp. 153-155 y 163-166).

Para el albizuismo la emancipación política era indispensable para la modernización nacional, había que dotar al país de una constitución y exigir la independen-

cia, la cual se validaba jurídicamente porque Puerto Rico era ya, antes de la invasión, un pueblo políticamente realizado (Revolución de Lares de 1868, Carta Autonómica de 1897). En lo económico, Albizú proponía la construcción de una economía capitalista nacional, dirigida por un Estado intervencionista cuya base fuera la propiedad privada de la tierra en manos de productores puertorriqueños (pp. 183-187).

Así, los proyectos políticos y económicos del albizuismo se apoyaban en una idea de nación definida como una formación cultural con todos los elementos (la nación perfecta), arraigada en la cultura europea (española) y perteneciente a la cultura occidental grecolatina, diferenciada de la anglosajona. La elite letrada y los sectores más cultivados eran los constructores de la nacionalidad, y el campesinado y las demás clases populares quedaban subordinadas a su dirección. De ahí la ausencia de la figura del jíbaro como personaje nacional (pp. 175, 182, 239 y 242).

Por tanto, el discurso de Albizú construyó una narrativa mítica de la nación que elimina los elementos históricos que cuestionaban su pretendida unidad, como la encomienda, la esclavitud, el autoritarismo político, el racismo y el desprecio social (p. 236).

Luis Muñoz Rivera fue la figura intelectual en torno a la cual se organizó políticamente el nacionalismo moderado, bandera ideológica del Partido Unión de Puerto Rico desde 1904. De entrada, el nacionalismo moderado de la fase de maniobra enfrentó una contradicción interna: debido a sus aspiraciones de que Puerto Rico fuera anexo a la unión estadounidense, sostuvo una relación de aceptación y rechazo hacia el discurso imperial que legitimaba la relación colonial (pp. 253-256).

En su artículo "El triste caso de Puerto Rico", Muñoz Rivera sintetizó el pensamiento nacionalista moderado. En su paradójica relación con el otro imperial, Puerto Rico enfrentaba dos grandes problemas: un contradictorio desarrollo económico y una peligrosa americanización de la cultura nacional. Mientras el discurso colonialista difundió el "98" como el momento inaugural de la historia moderna puertorriqueña, los moderados lo presentaron como el inicio del deterioro del nacionalismo. El muñocismo, por tanto, reconocía en el pasado un tiempo mejor, donde existía una sociedad con población y recursos equilibrados, que combinaba el ocio y el trabajo para edificar una identidad cultural, y no una tierra de anarquía con pobladores hambrientos, como rezaba el discurso imperial (pp. 295-297).

El discurso muñocista era básicamente reformista, cuestionaba pero no enfrentaba al régimen colonial. Concebía a los estadounidenses como un poder progresista y civilizador y planteaba que había que buscar formas de transformar el orden colonial sin fracturar las relaciones de amistad con Estados Unidos. Por tanto, ponía más énfasis en las reformas económico-sociales que en la cuestión del estatus político de la isla (p. 258).

Dichas reformas pugnaban por modificar al capitalismo dependiente colonial. Muñoz Rivera criticó severamente el capital corporativo estadounidense, aunque sin rechazar de plano el capital extranjero. No obstante denunció el desplazamiento de los propietarios puertorriqueños y la fuga de capitales. De ahí que propusiera una reforma burguesa que diera amplias atribuciones al Estado para regular la economía (p. 280).

En cuanto a la parte conflictiva de la relación con Estados Unidos, el muñocismo sostenía que la abolición de la esclavitud (y no la insurrección de Lares) había sido el momento decisivo en la formación de la nacionalidad. De esta manera subrayaba la superioridad ética de la nación oprimida en relación con la opresora, donde una retórica igualitaria escondía una realidad racista (p. 284).

Comparando los tres discursos nacionalistas aquí esbozados, comprobaremos la gran cantidad de elementos que comparten: proyecto elitista, identidad hispano-occidental, aceptación y rechazo del discurso imperial, aspiración de un Estado regulador, crítica del modelo económico colonialista y preocupación por la decadencia cultural. Sin embargo, Rodríguez Vázquez acierta precisamente en mostrarnos la historicidad de dichos discursos con un interesante marco teórico de referencia, pues detecta las diferencias sustanciales entre ellos. Estas diferencias se definen por la forma de relacionarse con el orden hegemónico colonial: mera crítica en la fase de arranque, y confrontación en la de maniobra (ya sea moderada o radical). No obstante, es evidente que un enfoque centrado en el discurso ideológico de las elites (aunque pueda contener elementos populares) resulta insuficiente para la comprensión cabal del fenómeno nacional, en virtud de que la investigación histórica de los últimos años ha puesto de manifiesto el papel fundamental jugado por las clases populares en la construcción del Estado-nación y las identidades nacionales latino-americanas.

Para no caer en el eurocentrismo interpretativo, el autor ha optado por alejarse de las concepciones tradicionales para el

estudio del nacionalismo, la marxista y la liberal, mismas que presentan la cuestión nacional como un fenómeno europeo en el que la periferia no ha participado creativamente. También advierte sobre los peligros de enfoques como los del etnonacionalismo y el nacionalismo anticolonial, que condujeron a la defensa irracional del mundo tradicional y sirvieron como ideología de regímenes fascistas (pp. 22-23). En cambio, las nuevas perspectivas sobre el nacionalismo, de las que *El sueño que no cesa* es un buen ejemplo, se esfuerzan por abandonar los metarrelatos nacionales; resaltan las paradojas políticas, epistemológicas y éticas de los discursos nacionalistas, y destacan la dimensión cultural así como la forma en que los intelectuales de los países coloniales se apropian de las corrientes ideológicas occidentales (pp. 25-27). En el caso de Puerto Rico, la nación deseada continúa siendo un sueño incesante.

Irving Reynoso Jaime
INSTITUTO MORA

Eva Leticia Orduña Trujillo, *Coacciones y oportunidades de la globalización: el caso de la Nicaragua sandinista y sus relaciones con Estados Unidos*, CCYDEL, México, 2006, 264 pp.

Dedicado al estudio de la Nicaragua sandinista y de las presiones por parte del gobierno de Washington que esta tuvo que enfrentar para llevar adelante su programa ideológico y de desarrollo económico, el libro de Eva Orduña analiza también las escasas oportunidades que el mundo globalizado puede ofrecer a los países pequeños y con una fuerte dependencia hacia el exterior, como son los centroamericanos.

A 27 años del triunfo de la revolución sandinista, el texto nos permite reflexionar acerca de un movimiento político y social de la década de los ochenta del siglo XX que significó una luz de esperanza para los movimientos de liberación nacional, al mismo tiempo que fue visto como una amenaza por parte del país más poderoso del orbe: Estados Unidos. Asimismo, invita al análisis de la historia de América Latina bajo la perspectiva de dos parámetros: la presencia de una profunda rigidez y autoritarismo hacia el interior de los países, en coexistencia con una suprema debilidad y subordinación hacia el exterior.

Eje fundamental de la explicación propuesta por la autora es el fenómeno migratorio, pues considera que se relaciona de manera estrecha con el desarrollo interno de los países y el proceso de globalización. A lo largo del trabajo se refiere a la migración a partir de la observación de cómo los problemas políticos y sociales han sido la causa constante de expulsión de migrantes en América Latina. Narra cómo en la década de los setenta los principales expulsores de migrantes fueron los países del Cono Sur mientras que, a lo largo de los años ochenta, los gobiernos centroamericanos fueron los ejecutores de la represión que propició una migración masiva hacia el exterior y, finalmente, destaca que los esfuerzos por alcanzar la paz y democratizar la región en la década de los noventa conllevaron un intenso proceso de repatriación.

En el primero de tres grandes apartados, la autora se dedica a analizar la globalización en su largo proceso histórico pasando por el primer orden económico mundial y las tres revoluciones industriales hasta llegar a la elaboración de un panorama de los problemas de América